

Oppenheim



MANDATO

DESIGNO

Un minero buscador de oro y una puta con un corazón de oro. Esta novela temprana (1895) de E. Phillips Oppenheim comienza en un campamento minero de oro en las montañas de Sierra Nevada, a 500 millas de San Francisco.

Bryan Bryan es un inglés que ha llegado a Estados Unidos en busca de un hombre malvado llamado Huntley que puede tener documentos que expliquen los misteriosos orígenes de Bryan. En San Francisco, en Jose's Cantina, Bryan conoce a la hermosa huérfana Myra Mercier que escapa de una red de prostitución. Ella sigue a Bryan al campamento de minería de oro donde ha ido en busca de Huntley. El asesinato y el caos sobrevienen antes de que la pareja se escape a San Francisco.

Esta novela fue convertida en película muda en 1916 por Adolf Zukor. Publicado por primera vez en 1896 y revisado en diciembre del año en *The Spectator*, aunque muchas bibliografías dan la fecha de publicación como 1900. Esta novela «occidental» precedió a «*El virginiano*» de Owen Wister, por seis años. Aunque el tema de este libro es el conflicto entre el «salvaje oeste» y el «Oriente civilizado». Una combinación de Horatio Alger y *Oliver Twist*.

Índice de contenido

[Cubierta](#)

[Mandato del destino](#)

[Portadilla](#)

[Libro primero](#)

[Capítulo primero](#)

[Duermen dos y vela uno](#)

[Capítulo II](#)

[A orillas del río Azul](#)

[Capítulo III](#)

[Un amor en el oeste](#)

[Capítulo IV](#)

[La carcajada de Jaime Hamilton](#)

[Capítulo V](#)

[La sombra de un pasado odioso](#)

[Capítulo VI](#)

[El deseo del mundo](#)

[Capítulo VII](#)

[Un hombre del este](#)

[Capítulo VIII](#)

[Se entreabre la cortina](#)

[Capítulo IX](#)

[Una nueva sociedad](#)

[Capítulo X](#)

[Una juerga y una tragedia](#)

[Capítulo XI](#)

[Los huevos de oro](#)

[Capítulo XII](#)

[La fechoría de Cristóbal Skein](#)

[Capítulo XIII](#)

[El jurado en funciones](#)

[Capítulo XIV](#)

[La prueba del fuego](#)

[Capítulo XV](#)

[Un galanteo bestial](#)

[Capítulo XVI](#)

[Hacia el este](#)

[Capítulo XVII](#)

[Un grito en la noche](#)

[Capítulo XVIII](#)

[Amor en el desierto](#)

[Capítulo XIX](#)

[Un príncipe del oeste](#)

[Capítulo XX](#)

[La bestia y el ángel](#)

[Capítulo XXI](#)

[Ofrenda de un alma](#)

[Libro segundo](#)

[Capítulo primero](#)

[En el Viejo Mundo](#)

[Capítulo II](#)

[Caprichos de la fortuna](#)

[Capítulo III](#)

[En el umbral de una nueva vida](#)

[Capítulo IV](#)

[La sombra de un recuerdo](#)

[Capítulo V](#)

[Un encuentro en el páramo](#)

[Capítulo VI](#)

[Cómo el veneno se sube al cerebro](#)

[Capítulo VII](#)

[El conde de Wessemer](#)

[Capítulo VIII](#)

[La fortaleza que se tambalea](#)

[Capítulo IX](#)

[¿Quién es usted?](#)

[Capítulo X](#)

[Olas embravecidas contra el Acanilado de Hierro](#)

[Capítulo XI](#)

[Al otro lado del abismo](#)

[Capítulo XII](#)

[Un rayo de esperanza](#)

[Capítulo XIII](#)

[La hiel se convierte en miel](#)

[Capítulo XIV](#)

[Bryan el filósofo](#)

[Capítulo XV](#)

[Brindis sin palabras](#)

[Capítulo XVI](#)

[Un alma sube al cielo](#)

[Libro tercero](#)

[Capítulo primero](#)

[La estrella del «Alegría»](#)

[Capítulo II](#)

[Una desgracia nunca viene sola](#)

[Capítulo III](#)

[El este y el oeste](#)

[Capítulo IV](#)

[El fruto amargo de la muerte](#)

[Capítulo V](#)

[El problema de dos vidas](#)

[Capítulo VI](#)

[Un consejo de lord Wessemer](#)

[Capítulo VII](#)

[El juicio del este](#)

[Capítulo VIII](#)

[La salvación de un alma](#)

[Capítulo IX](#)

[Un sueño que se desvanece](#)

[Capítulo X](#)

[En la vasta América](#)

[Sobre el autor](#)

LIBRO PRIMERO

Capítulo primero

DUERMEN DOS Y VELA UNO

—¡P or fin! —murmuró Jaime Hamilton entreabriendo los párpados y sentándose en el suelo donde había estado echado—. ¡En pie, muchachos! ¿Es que estáis sordos? ¡Levantaos!

Pero no se dieron por aludidos, pues dormían como lirones. Bostezó, desperezóse y se puso de pie; pero para dejarse caer sobre un tosco banco de madera. Cogió luego la cachimba del suelo y se puso a fumar, con los codos en el alféizar de la ventana y la cabeza fuera, oteando el panorama. La rudeza de sus facciones pareció dulcificarse bajo el influjo del viento que bajaba de las montañas.

—¡Por fin! —gruñó para sí, mientras sus ojos hundidos e inyectados en sangre contemplaban el ocaso—. ¡Qué día más infernal! ¡Allá va el maldito!

La bola ardiente del sol empezaba a esconderse tras el pico más alto de la larga serie de colinas, cubiertas de pinos, que formaban la estribación de la sierra. Durante aquel interminable día, en el valle y en la llanura pedregosa que se perdía hacia el este, los rayos implacables del astro solar habían calcinado la tierra, secado los escasos cursos de agua y casi enloquecido a los buscadores de oro acampados a orillas del Río Azul. En aquel ambiente de fuego era imposible trabajar. A unos cientos de metros del lecho del río, en el corto espacio reivindicado para su explotación, reinaba el más absoluto silencio. Picos, palas, lavadoras, vasijas y demás aperos yacían en el suelo. Era tarea superior a

las fuerzas humanas respirar el aire abrasador del valle. Y debían descansar. El no hacerlo implicaba el peligro de contraer las fiebres, virulentas e implacables.

Al cabo de un buen rato, Hamilton se apartó de la ventana y echó una mirada despectiva al interior de la choza. Aparte de sus ocupantes, poco quedaba que inspeccionar, pues nada, en su decorado, hubiera ofendido al más rígido asceta. Una mesa consistente en una tabla, cuyo reverso ni siquiera había sido cepillado, apoyada en un barril a cada lado; una baraja grasienta, dos jarras boca abajo y una botella de vidrio oscuro tumbada de lado. Las paredes, completamente huérfanas de adornos, el aroma intenso de savia y las astillas en el suelo declaraban a las claras que la choza había sido terminada hacía poco. Los durmientes daban la sensación de ocupar la totalidad del suelo.

Hamilton se absorbió en la contemplación de uno de ellos. Con las manos apoyadas en las rodillas y la pipa entre los dientes, le hacía objeto de un intenso escrutinio. Si el sujeto se hubiera despertado en aquel instante, nada hubiera delatado en su mirada que le aterrorizara o sorprendiera. Era el examen concienzudo de alguien que desea grabar en la memoria ciertos rasgos fisonómicos, o quizás compararlos con otras facciones que vivían en su recuerdo.

Los tres eran altos, de musculatura desarrollada y endurecida por el trabajo físico, y tenían el rostro tostado por el sol; pero el que miraba parecía un gigante. Su cabeza enorme, de barba espesa, casi tocaba el techo. Un brazo atlético, desnudo hasta el hombro, se escondía debajo de su torso, y el otro, extendido, parecía, en aquella diminuta cabaña, desmesurado. Una camisa de franela encarnada, abierta, mostraba un pecho extrañamente blanco. Los calzones, de paño ordinario, estaban arrollados por encima de las rodillas y, aunque descoloridos y manchados, mostraban trazas del esfuerzo constante de limpiarlos.

Jaime Hamilton, que había notado este detalle entre otros muchos, frunció el ceño, dio escape a sus sentimien-

tos con un gruñido expresivo y escupió en el suelo.

Después de sus primeros esfuerzos para despertar a sus colegas, pareció no tener prisa en reiterarlos. Apartando, por fin, la mirada de la cara del hombre, de una zancada pasó por encima de su cuerpo sin rozarlo y se apoyó en el marco de la puerta. La frágil estructura crujió bajo la presión de su cuerpo, pues Jaime Hamilton era descomunal; pero, sin inmutarse, cruzóse de brazos, mientras fumaba pacientemente, y observó cómo el disco rojo del sol se escondía tras las montañas. Sin darse cuenta, completaba con su figura la grandiosa escena.

Las lomas se obscurecían rápidamente. Aquí no existía el lento atardecer del verano inglés. Las sombras fantasmales se descolgaban velozmente sobre la llanura pedregosa, ahogando la luz del valle; el cielo se teñía de oscuro y la luna resplandeciente brillaba con extraño fulgor.

La brisa, tan anhelada, agitó las filas de abetos que descendían hasta la misma cabaña, metiéndose por hondonadas y resquebrajaduras del terreno y creciendo fabulosamente al abrigo del abismo. Jaime Hamilton se quitó de la cabeza lo que era una parodia de sombrero y hundió los dedos en el cabello para aprovechar aquel fresco reconfortante. Volvió la cabeza hacia el interior y pareció disponerse de nuevo a despertar a sus compañeros; pero, aunque llegó a quitarse la pipa de la boca, no llamó a los durmientes.

«Jamás vi un hoyo tan solitario, triste y asqueroso como éste», se dijo, oteando el valle y las montañas pobladas de sombras y luego la árida llanura que se perdía en el confín.

Puede que la educación artística de Hamilton pecara de negligente, pues no encontraba belleza alguna en el fantástico panorama de sombras, en los bosques y en las manchas de los arbustos, cuyas ramas, vistas de cerca, parecían trazar graciosas siluetas recortadas en el cielo, ni en los leves contornos del paisaje que se disolvían en la penumbra crepuscular. Sus pensamientos estaban concentrados en cierta taberna construida con maderos no lejos de la choza,

y la música del viento, al filtrarse entre los árboles, le parecía un antipático rumor a su oído, incapaz de percibir su belleza. En realidad, Hamilton era como millares y millares de sus congéneres, que convivían con la civilización del Este. Se sentía fastidiado. La ausencia de espíritus vagamente refinados, la forzada templanza, el trabajo duro, y, como él decía, la maldita soledad de aquellas tierras, le resultaban insoportables. Era probable que sintiera la nostalgia de su país, pues Jaime no era americano, y nadie le había oído expresar una admiración desbordada por aquel continente. Lo único que había merecido su más completa aprobación eran los juramentos que había aprendido a proferir con extraordinaria facilidad y rapidez, aunque gracias a su don natural, como se repetía con invariable satisfacción, llegaba a expresarse como un caballero.

Pero su soledad no era tan absoluta como se imaginaba. A lo lejos, en la desértica llanura, un ser humano caminaba lentamente por el áspero camino en dirección al valle; un desdichado, en el más lamentable sentido de la palabra. Aun no atisbaba la choza ni el río. Cruzaba una vasta extensión yerma, circundada de lejanas e imponentes montañas. Nada turbaba aquella paz silenciosa. Avanzaba el hombre con paso cansino y, de trecho en trecho, salía de sus labios resecos y cortados un quejido, que revelaba un sufrimiento insoportable y el agotamiento de su resistencia física. De repente, a un centenar de pasos de la choza, que no había advertido aún, cayó de bruces. Vestía con la rusticidad propia de un *cowboy*, con las ropas hechas jirones por los abrojos espinosos. Su rostro macilento mostraba profundas ojeras y en sus pupilas brillantes fulguraba el hambre. Iba casi descalzo y le sangraban las manos a causa de heridas apenas restañadas. No parecía hombre hecho para esta clase de privaciones. Sus finos miembros revelaban una textura que distaba de ser recia, y su cara, a pesar de su palidez de muerte, era extrañamente hermosa. No llevaba rifle; pero la pistolera que pendía de su cinto mostraba la

culata de un revólver. Haciendo un sobrehumano esfuerzo se puso en pie, y tras dar unos pasos, tropezó y volvió a caer. Sus dedos se agarrotaron en la tierra con gesto de desesperación.

Se tumbó de espaldas y dedicóse a contemplar las estrellas que empezaban a rutilar en el firmamento. Su mente empezó a delirar. Árboles y cielo parecían girar en un torbellino. Apretó los dientes, y, apelando a su reserva de energías, trató de sobreponerse al estado de inconsciencia en que se iba sumiendo.

Levantó la cabeza, y sus labios balbucearon:

—¡Oh, Dios! ¡Sólo con que pudiera avanzar otra milla... una milla más! Debo estar cerca del río Azul. A lo lejos veo las montañas... Allá debe encontrarse el valle. ¡Oh, si pudiera...!

Se incorporó un poco y miró en torno suyo con desesperanza. El profundo y majestuoso silencio de los montes, cubiertos de tupidos bosques, y la solemne quietud con que la noche se cernía sobre la tierra, provocaban una rabia impotente en el pecho del viajero. ¿Es que iba a morir allí, casi al alcance de su meta...? ¿Morir a la luz amarillenta de la luna y bajo la bóveda estrellada? Su creciente debilidad y la cruel indiferencia de las cosas inanimadas, que iban a ser los mudos testigos de su fracaso, le atenazaban la garganta. Tras una singular mezcla de blasfemia y oración, se sentó y maldijo entre dientes a la lejana selva iluminada por la luna, a la brisa perfumada que refrescaba su ardorosa frente y al apagado rumor de la corriente del río que se burlaba de su boca reseca y de sus labios agrietados. Con toda calma desenfundó el revólver.

—¡No puedo más! Pero ¿debo matarme? —farfulló.

Contempló el negro cañón y se lo aplicó a la sien, apretando con tanta fuerza que cuando sus dedos se relajaron tenía el orificio marcado en la frente. Dejó caer el brazo, y levantando la mirada al cielo, imprecó:

—¡Oh, Dios, ayúdame! ¡No quiero morir! ¡Tengo miedo! ¡Dame fuerzas para que pueda llegar! ¡He de estar ya cerca...!

Se puso de rodillas y, apoyándose con las manos, se levantó. Ante él se extendía la llanura desolada, cada vez más borrosa, la honda garganta de la sierra y las lomas cubiertas de abetos, a cuyos pies, aunque no había reparado aún en ella, estaba la diminuta choza en la que dos hombres dormían y un tercero velaba.

—Debo de estar cerca, muy cerca... Un esfuerzo más... y si no lo consigo... entonces...

Guardó el arma en el cinto y apartó el mechón de cabellos de la frente con gesto determinado. Con la mirada fija en la montaña, arrastrándose por el suelo, se dijo a sí mismo:

—¡No debo rendirme! Seré valiente. No debo desmayar, no quiero. ¡Cómo brilla la luna a través de los árboles y qué sombras más extrañas obscurecen la llanura! Allá debe estar el valle. ¡Vengo de tan lejos...! No me entregaré al cansancio. He de llegar... Parece que todo me da vueltas. ¡Serán figuraciones mías! Sólo hasta aquellos árboles... Está... muy cerca. La brisa trae la fragancia de la savia. Un poco más. Pronto estaré allí... muy pronto. ¡Ah! ¿Pero qué es eso? ¿Qué es lo que brilla? ¡Oh, Dios, que no sea una alucinación! ¡Debe ser una luciérnaga! ¡Sí, es una luciérnaga! No puedo creer en otra cosa. ¡Oh, qué mareo!

Levantó las manos al cielo. Una alegría loca invadió su ser.

—¡Es una luz..., una cerilla! —exclamó— ¡Ya he llegado!

Hamilton había terminado la pipa, y como carecía de tabaco se decidió a llamar a sus compañeros.

—¡Arriba, marmotas! ¡Levantaos! —gritó, sacudiendo la espalda del más próximo.

El golpeado abrió los ojos, bostezó sin recato alguno y se puso en pie. Se asomó a la puerta y aspiró profundamente.

—¡Qué aire tan puro! —exclamó, llenando sus pulmones con inspiraciones profundas de aquel aire que traía el balsámico perfume de los bosques—. ¡Jaime, eres un idiota! ¿Por qué no me despertaste antes?

—No lo hubiera hecho de no haberseme terminado el tabaco. Pásame la petaca.

El aludido llenó la pipa y le pasó la bolsa del tabaco a su compañero. Hamilton, apoyado en la jamba de la puerta, llenó la cazuela hasta el máximo y encendió una cerilla, ignorando que con aquel acto tan simple iba a salvar la vida de un ser humano.

Ninguno de los dos llegó a oír el grito del desconocido. Luego de fumar en silencio unos minutos, se les reunió el otro ocupante de la choza. Era alto, más delgado que los otros, tenía el pelo entrecano, los pómulos salientes y los ojos de un gris claro. Se desperezó, bostezó a placer, recogió su cachimba, cogió tabaco entre las yemas de sus dedos y apoyado en la pared se puso a fumar.

—¿Cómo estamos de bebida? —gruñó Hamilton, anhelante—. ¡Qué clima tan ardoroso!

Su anfitrión, a quien en la pequeña comunidad apodaban el «Inglés», cogió una botella de un estante que hacía las veces de bar. La levantó y, mirándola a contraluz, continuó fumando.

—Media botella. Esto es lo que nos queda, ¡y para una semana! Convendría aguantarnos las ganas.

—Hazlo tú, si quieres —repuso Hamilton—. Esto es peor que el infierno. Bebamos y echemos una partida. ¡Y que mañana tengamos más suerte! ¡Me cortaría el pescuezo si no pudiera beber!

El «Inglés» balanceó pensativo la botella.

—¿Qué opinas tú, Pedro? —preguntó al otro.

El aludido, Pedro Morrison, movió la cabeza y miró furtivamente al que estaba en la puerta, cuya amenazadora actitud pareció decidirle.

—¡Bebamos! Esta mañana me dijo Dan Cooper que aun tiene provisiones en la tienda. Y no creo que pasemos muchos días como el de hoy.

—¡Maldita sea la bebida! —murmuró el «Inglés»—. Pero dos son más que uno. Adelante, muchachos, bebed lo que queráis. Ahí va la botella. Baraja los naipes, Jaime.

Se sentaron sin despegar los labios, y en silencio bebían y fumaban, barajaban y jugaban, ganaban y perdían. No se era locuaz en los yacimientos del Río Azul y una conversación era algo inaudito. De pronto, Hamilton golpeó la presa con el puño, haciéndola tambalear, y apartó la pipa de la boca.

—Muchachos, la semana próxima me largo. Eso del oro es una fantasía. ¿Te vienes conmigo, Bryan?

El «Inglés» movió la cabeza negativamente.

—Me quedaré aún una temporada. Seguiría aquí si no hiciera este calor de mil diablos.

—¿Y tú, Pete? —inquirió el primero.

—Me quedo con Bryan —replicó Pedro, con calma—. Ya sabes que somos socios. ¿No es así, Bryan?

—¡Chócala, muchacho! —replicó el otro, contento—. Dos parejas. Muestra tu juego, Jim.

Hamilton tiró los naipes entre palabrotas que superaron su elocuencia habitual.

—Quedaos hasta que reventéis —murmuró de mala gana—. ¡Ya vendrán las lluvias y veréis qué divertido es esto!

Siguieron jugando sin cruzar una palabra. Jaime renegaba cuando no tenía juego, lo que no ocurría siempre. Los otros ganaban y perdían sin murmurar; el «Inglés» por despreocupación y el otro por estudiada afectación. Hamilton era el único que mostraba interés por el juego, y su método de jugar, que era algo peculiar, requería la atención de los demás.

La calma del atardecer se hundió en la solemne quietud de la noche. La luna iluminaba las copas de los abetos, y bancos de niebla se arrastraban por el valle. Cesó de soplar la brisa y se hizo el silencio. Los tres buscadores de oro jugaron hasta medianoche. El «Inglés» se levantó y tiró las cartas.

—Buenas noches, muchachos —dijo sin remilgos—. Estoy harto de juego y voy a echarme a dormir.

Los otros se pusieron de pie, Hamilton gruñendo y Morrison callado, como de costumbre. Juntos salieron de la cabaña.

—Buenas noches, y que te zurzan —murmuró Hamilton con mal humor, mientras cruzaba la colina, agarrándose una y otra vez a los troncos y avanzando con dificultad—. ¿En qué diablos estabas pensando cuando construiste tu choza en las nubes? —masculló, al llegar abajo—. Estoy lleno de arañazos. ¡Que me zurzan si vuelvo a subir!

El «Inglés» estalló en una carcajada y metió ambas manos en los bolsillos.

—Buenas noches, Jaime —gritó, con su profunda voz de bajo, que repercutió en el valle—. No sé por qué te quejas. ¡Has bebido mi *whisky*, fumado mi tabaco y ganado mi dinero, maldito vagabundo! Buenas noches, Pete —añadió con tono más amable, dirigiéndose a su socio—. Ve con cuidado. ¡Has metido en tu cuerpo más bebida de la que puedes aguantar, idiota!

Adelantó unos pasos y contempló a los dos que se iban a sus respectivas chozas. Entonces se volvió y quedó pensativo, mirando hacia la obscuridad. Una súbita impaciencia le había impulsado a separarse de sus amigos; pero no tenía ganas de dormir. La noche quieta y estrellada, la nítida silueta de las lejanas montañas cubiertas de nieve, el perfume de los tallos tiernos y el aroma de los abetos habían despertado sus sentidos y conmovido vagamente su inherente inclinación a todo lo bello. Por esto había despedido a sus rudos camaradas. Pero estaba obligado a convivir con